

Nota Montevideana

Muecas y Risas

La gran casa, rodeada de su magnífico jardín, está inundada de luz, de luz de sol que cae en gruesas pinceladas por la torre esbelta de su iglesia, y se desliza por los anchos patios, y penetra en las solitarias celdas, y va á extenderse. Como una sábana inmensa y luminosa, á lo largo del campo dilatado. Para los de afuera, que sólo lo observan á través de la elegante verja exterior, el Manicomio duerme, apaciblemente: para los de adentro vive, en cambio. una vida activa, precipitada, compuesta de gestos, de carcajadas, de gritos, de manías y de dolores. – Son las dos de la tarde....El portón se abre, y entonces aspirando perfumes de jardín: Sanuy con su libreta de apuntes debajo del brazo, la mirada acariciando el paisaje que se esfuma en la lejanía y el espíritu atisbando el color que surge á raudales de todas partes, y yo con los ojos muy abiertos, en la muda interrogación que provoca lo bello y lo desconocido y el alma inquieta por el espectáculo de un mundo que se agita allí en montón, y del cual nos separa el abismo que existe entre la razón y la locura. Por los gruesos y negros barrotes de las puertas y ventanas entrevemos, al pasar, sombras blancas que se mueven sobre un fondo blanco también, camas alineadas en largos salones y guardianes que caminan incesantemente de un lado á otro, con los ojos fijos sobre sus pupilos, y de cuando en cuando llegan á nuestros oídos, después de desgranarse en el espacio, risotadas sonoras y extrañas ó

imprecaciones terribles que suenan con sonido sarcástico....

Aquí, junto al edificio, encontramos un loco, de rostro sonrosado y mirar apagado. Llévase la mano callosa á la gorra y nos saluda con un gesto zurdo de cabeza y una guiñada de los ojos, clavándonos su atención, hasta que nos pierde de vista. Ese se pasa la vida cuidando amorosamente las flores del jardín. Más allá divisamos otro demente, que también nos dirige un atento saludo, desde la distancia, y que cultiva con verdadero placer, un pedazo de tierra, donde ha formado un huerto, y más lejos, en el fondo pintoresco de una hondonada del terreno, un grueso grupo de trajes de brin, que el sol baña de reflejos, y que se mueve silenciosamente, conduciendo á cuestas, con la mayor serenidad, el fruto arrancado á la madre tierra.... Todos ellos nos miran desde allá, desde el escenario verde donde destacan la blancura de sus blusas, y escudriñan nuestros movimientos, nuestra mímica, como animales salvajes sorprendidos de improvisto en sus dominios solitarios por la presencia de un hombre.

Los plátanos del parque extienden su sombra en un gran trecho, á espaldas del severo edificio. –García Santos, el director del establecimiento está allí, con su figura pequeña y robusta, perdida entre los troncos de los árboles. Nos ve y sale á recibirnos gentilmente. El es allí el señor, y sólo él mueve, con su espíritu inquieto y ambicioso de trabajo productivo y bienhechor, todo el engranaje del establecimiento. A una

indicación suya se abre el portón de un estrecho corredor que cierra el paso á la gran familia loca y ésta se derrama por el parque, en una larga y doble fila blancuzca, que se enreda en la arboleda, se estira hacia fuera, y caracolea cadenciosamente al compás de una extraña orquesta de acordeón, guitarra y tambor. Es el desfile saludable, reconfortante, después del almuerzo y siempre que el tiempo arrebola contento en lo alto. Los músicos son locos. y se desenvuelven con admirable corrección. Uno de ellos, el del tambor, que marcha á la cabeza, atormenta con sus redobles y estremece con sus encías desdentadas, que enseña en una mueca incesante de risa nerviosa: el otro va envuelto en una especie de arrobamiento producido por los sonidos del acordeón, que á veces parece que gimiera ó que cantara bajo la presión de sus dedos; y el de la guitarra deja caer la cabeza del lado de aquél, la mirada fija en el suelo y el oído pegado á las cuerdas, á fin de no perder el compás de la marcha.... Y la columna sale de la sombra, y entra en plena luz, ordenada, bulliciosa, como si el aire la inundara de alegría y el sol la impregnara de salud. Allí están casi todos los locos: los mansos, los furiosos poco peligrosos y los epilépticos. Los otros, los de locura grave, permanecen en sus celdas, y salen separados, en un grupo muy inferior á éste. Pasa la columna delante de nosotros y diez, veinte, treinta ojos se fijan á la vez en los nuestros. Estos que tardan en pasar son los epilépticos, caminan temblequeando, débiles las piernas y doblegada la cabeza, sujetos por un enfermero ó apoyados en el brazo de un camarada de mesa, á quien enseñan de cerca, y en toda su repugnancia, la deformidad de sus músculos y las miserias de sus cuerpos.... Los mansos son más agradables: sonríen con risa de mármol, y caminan resueltamente, como gente muy cuerda,

escudriñándolo todo con curiosidad y aplastando en sus labios movibles las palabras que en tropel quieren brotarles de la garganta. Diseminados aquí y allá, bien lejos unos de otros, van los enfermos inquietos, terribles seres que gritan, que gritan siempre, con toda la fuerza de sus pulmones, dominando con sus voces, que á veces tienen la ironía de un sarcasmo y otras la fiereza de un rugido, los acordes de la orquesta y el rumor de la muchedumbre loca....

La columna da un gran rodeo, recostándose á las paredes del gran lavadero á vapor, situado á un costado del parque, y vuelve contenta, animada, dibujando zig-zag sobre uno de los triángulos verdes que hace las veces de plazoleta. ¡Cuánta cosa repulsiva, cuánta fisonomía sonriente de hombre cuerdo! Hay semblante que se alarga hacia abajo, en un gesto horrible, la boca atravesada y los ojos perdidos en las órbitas, y otros que se dilatan hacia los costados, en una contracción de risa forzada, que parece tirar bruscamente para afuera la piel de las mejillas. Muchas pupilas centellean con fulgores extraños debajo de las cejas, mirando con dureza de acero, y algunas giran, entre parpadeos, de un objeto á otro, rápidamente, sin detenerse en ninguno....Sanuy aprovecha el avance de la columna y toma apuntes, que enriquecen su caudal de observaciones. De pronto suenan unas cuantas palmadas y la columna se rompe, como bandada de pájaros puesta en dispersión por el disparo de una escopeta, y los locos toman asiento debajo de los plátanos, en bancos colocados expresamente para ellos. Es aquél un momento animado y curioso. Unos caminan, otros se alejan silenciosamente, para quedar á solas con su cerebro obsesionado, y los más se reúnen en sociedad. García Santos se les acerca y les distribuye cigarrillos. Todos fuman, y todos estiran la mano abierta, y la hacen desaparecer luego

entre la camisa y el cuerpo, á la altura del estómago. Allí han construido su bolsillo. Un loco se aproxima sonriendo, y halla al director, con palabras llenas de fuego, con brillo intenso en las pupilas y sangre en abundancia en el rostro. Es un italiano, de cabezota enorme, que tiene la manía de demostrarle á García Santos el cariño inmenso que le inspira y no pierde ocasión de expresárselo. El del tambor surge del fondo de un grupo con los palitos en la mano, el cuerpo encorvado y el rostro cetrino y seco, arrugando en una expresiva mueca de contento. Se acerca también, y recoge su ración de cigarros y luego se aleja, redoblando á todo escape, y haciendo piruetas con los palillos y con el cuerpo todo, ágil y flexible todavía. Un pobre viejo, gordo; de espalda pronunciada, cabeza redonda como una sandía y ojos colorados, se desliza silenciosamente cerca de nosotros, pronuncia unas cuantas palabras ininteligibles, se arrodilla durante unos cuantos momentos y se aleja, para repetir incesantemente la misma operación. Nadie sabe lo que dice; quizás él mismo lo ignora. Y García Santos, que se ha impuesto á toda aquella agrupación heterogénea de alienados; por la persuasión y la paciencia, los atiende á todos en sus pedidos, en sus quejas, en sus deseos, en sus manías, repitiendo todos los días las mismas frases, los mismos consuelos, las mismas caricias á aquellos que se calman con una palmada ó adormecen sus inquietudes con un vislumbre de esperanza.

Arriba en el departamento de las mujeres hay más orden, más armonía. El espíritu femenino es más dócil, más dúctil. Las buenas hermanas de caridad pueden y logran más con sus cariños y sus cuidados de madres amorosas que el hombre con sus fatigas y con sus procedimientos higiénicos. Es un gran salón, lleno de aire y de luz sideral, encontramos á una porción de mujeres

locas, muy atareadas en coser ropa. Nos miraron sin sorprenderse. Entre puntada y puntada, alzaban hacia nosotros sus ojos extraviados y arqueaban las cejas, como preguntándose la causa de nuestra presencia en aquel sitio exclusivamente suyo. Dos ó tres criaturas, blancas de rostro, blancas de alma, se acercan precipitadamente, riéndose sin motivo alguno. Son las hijas adoptivas del establecimiento, las que sólo exigen para vivir un poco de sol y un poco de jardín, para aspirar el perfume de las flores, sus hermanas...El espectáculo fué breve. Del salón de costura pasamos al taller de zapatería y después al de elaboración de cigarros, sostenido también con pupilos del Manicomio, y por todas partes encontramos trajes de brin, perfectamente limpios, y un aseo y una regularidad verdaderamente admirables. En todas partes el trabajo dominaba la materia. Ni un detalle repugnante salta á la vista del observador; ni un instrumento de castigo encoge el espíritu del que busca impresiones hondas en aquel asilo de los desheredados de la razón. Luz, aire, blancura, higiene y actividad, en celdas y patios. Y en lo alto del edificio como enseña de la caridad y del esfuerzo humano, la cruz de hierro del Redentor envuelta en el hálito de mil seres desgraciados que buscan en el trabajo asiduo la salud perdida en un dislocamiento brusco del cerebro...

EDUARDO FERREIRA

Montevideo, Abril 20 de 1899.